

ISIDRO CATELA MARCOS

Rosa, rosae

Rosa, rosae

Isidro Catela Marcos

Este relato ha obtenido el Primer Premio en el IV Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2017, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

*Te deshojé como una rosa,
para verte tu alma,
y no la vi.*

Juan Ramón Jiménez

Nadie sabe que con la primera oscuridad he cogido un autobús que atravesará la noche. Un conductor, una docena de pasajeros y una película a la carta, no pegaré ojo. Como si fueran interrupciones publicitarias, los recuerdos se van colando en *La, la, land*. Huyo de la villa donde fui feliz. Tamaño medio, cuarenta mil habitantes, Castilla y su sentimiento trágico de la vida. Fui feliz entre sus calles, en sus páramos, en su pequeño universo de visillos y cigüeñas, en la biblioteca, con él. Con el que conocí entre los libros: *homo viator*, me decía, y yo, boba, caí en el embeleque de su erudición. Nos amamos sobre las ruinas de los viejos imperios. Ramón es, como yo, catedrático de latín y es, además, un hijo de puta. A esta segunda convicción he llegado con el transcurso de los años. Me gustaría estar segura de que al discernimiento adecuado han contribuido mis conocimientos sobre la conspiración de Catilina: *el ánimo prevalece si el talento lo hace, si el capricho está en su lugar, no tiene fuerza alguna*. Me encantaría asimismo reconocer la impronta que han dejado en mí las lecturas sobre las vidas de los emperadores buenos: ¡cuánto he admirado a Adriano, que aún en su lecho de muerte conservó la capacidad para la poesía! Pero no estoy segura, creo que en la disección de su comportamiento han pesado más los insultos sutiles, los bofetones, *¿por qué llegas tan tarde? ¿por qué no has contestado a mis mensajes? El whatsapp tenía las dos rayas azules marcadas*. Ahí se quedan amontonados en la buhardilla los libros (todos menos uno) y los desprecios, ahí en la ventanilla está la última luz del cementerio. Adiós carretera, adiós cipreses. Toca el protagonista una canción al piano y se fija en ella. A la primera, cosa de películas. A Ramón siempre le interesaron los libros, no las personas. Y si en algún momento mostró afición por una persona determinada, lo hizo en la medida en que ella misma pudiera formar parte de un libro. Yo soy un buen ejemplo. Rosa. Formaba parte de todos los libros; era para él la biblioteca universal que Borges imaginó. Las personas son simples –repetía-, los personajes, complejos, y no hace falta contar con estudios superiores para

comprender que son demasiados los enigmas que pesan sobre el hombre en este mundo. A Ramón mi esperanza le había hecho tal y como se mostraba cada día. Todo el mundo me llama Rosita, a pesar de mi considerable tamaño, de mi gran corazón. Él era Ramón, no necesitaba diminutivo. Nos conocimos en la biblioteca de la Universidad. Él era un lector desquiciado, una suerte de procónsul romano que me atormentaba con citas de invasiones, mientras tomábamos un café de máquina, con buches cortos y conversaciones interminables. Me atrajo enseguida. Iba de lomo en lomo, de estante en estante, de compendio en vademécum. Me confesó que cuando rellenaba con letra caligráfica las fichas de préstamo, fantaseaba a menudo con mi parecido con Popea o con cualquier otra emperatriz. Con la ventaja que el tiempo otorga, podríamos atisbar en estas predilecciones alguna de las patologías que fue desarrollando, pero creo, con sinceridad, que al menos al principio no eran sino una forma febril de perseguir la felicidad: un simple juego; un divertimento que, a priori sin maldad alguna, me llevaba a transitar por juegos de palabras. Me buscaba entre las hojas de las enciclopedias y entre la hojarasca de los álamos. Comíamos pan con queso, que yo llevaba en una tartera, y paseábamos por el único parque del pueblo. Luz de cruce, el stop y luego la carretera nacional. Adiós a todas las películas en blanco y negro, en color sepia, a las primeras en color que alquilamos en el vídeo-club. Los protagonistas bailan claqué y hay una farola que lo ilumina todo. La realidad o el deseo, la destrucción o el amor. Los peajes, en definitiva, de la inmadurez. ¿Qué cuándo comencé a amarle? No podría responder con certeza. Tampoco podría decirles cuándo dejé de hacerlo. El médico repite que hay que querer querer, que hay que saber hacerlo y que a él le faltaron la voluntad y el aprendizaje. Lo cierto es que llevábamos una vida ordenada, cada uno a su modo. Yo daba clase en la Universidad, él en un instituto. Nunca mostró celos profesionales, siempre pareció bueno, en el sentido moral que Machado recitaba. Preferimos venirnos al pueblo, a veinte kilómetros de la ciudad, aire puro, casa grande. Declinábamos, controlábamos, calculábamos, examinábamos, conseguíamos los libros imposibles, los de las baldas más altas y escondidas. Apenas si llegamos a sellarnos los antebrazos con un exlibris o a decirnos, con sigilo “eres mi obra favorita”. Todo comedidamente cursi y discreto. Anodino y feliz. A veces, es verdad, Ramón engolaba la voz

como si fuera Nerón descargando los remordimientos después de haber matado a su madre. En realidad, padecía sin saberlo un déficit emocional a la hora de relacionarse e intentaba acercarse a los demás con bromas que resultaban pesadas, o simplemente del todo inoportunas. “Esta noche he soñado que se quemaban todos los libros: tú corrías despavorida a buscar ayuda; yo tocaba la lira”. Ha pegado el autobús un pequeño frenazo, he sentido el apretón del cinturón de seguridad sobre mi vientre. Maldita la gracia, espesas las bromas que me hacía, pero inocentes o absurdas a mi parecer. En medio de una tormenta de ceniza, siempre salía de esa situación incómoda con un gesto tímido de ternura. Estaba enamoradísima, o eso creía. Vivía de recuerdos, seguro. Especialmente del primero de todos: un beso furtivo, un grano de arena que fui haciendo montaña, montaña mágica diría yo. No lo había pensado, qué absurdo y qué hermoso al mismo tiempo ver a unos tipos bailando sobre sus coches en un atasco interminable. Hollywood, Castilla no es así. La carretera ya es negra, la vida futura. Aquella noche nos quedamos encerrados en la biblioteca, insensatos. Me empujó en exceso contra las estanterías. Se nos cayeron encima un montón de libros; sobre su cabeza, un ejemplar de la Guerra de las Galias. Demasiada pasión para un rito iniciático. “¿Estás bien?” Tenía los ojos grandes y desorientados, como una rana bizca. “Me he asustado un poco”. Estaba nerviosa. “Me he fijado en esa flor prensada”. Los dos miramos al suelo. “Vete a saber entre qué páginas estaría”, susurré. “Me encantan las flores blancas”, acerté a decir. Fotos, flores, fragmentos de periódicos, marcapáginas, billetes de metro. Olvidados o no, son huellas de quienes los leyeron antes. El interior de los libros es un enigma. Mi madre ya lo decía. A todas horas. “Rosa, este hombre es un enigma, te va a hacer mucho bien resolverlo”. Su madre también se llamaba Rosa. Evidente coincidencia, fortuita sin más, sobre todo para aquellos que creen que cuestiones mucho más importantes como el orden del cosmos o la belleza del alacrán responden al azar. No importa ahora lo que yo piense sobre las cuestiones definitivas, basta con saber que Rosa fue una madre para mí. Una rosa para Rosa. *Homo homini lupus*, recitábamos en clase. Después de las paradas, en otros pueblos, somos más. Unos veinte, la mayoría viajan dormidos. Mi suegra me cayó bien desde el principio. Yo era huérfana y los padres me producían una extraña mezcla de compasión y melancolía. Mi padre

era una persona práctica y elemental. Me enseñó lo que eran los cúmulos, los cirros, los estratos y las nubes de la boca. Le recuerdo sus refranes simples y certeros, sus dedos como garfios y sus manos siempre calientes como cráteres. “¡Te gustan más los libros que la costura, eh!”, rezongaba, medio en serio, mientras me daba pellizcos suaves en los mofletes. Le recuerdo llevando de acá para allá una espuerta grande cargada de escombros. A mamá la recuerdo con olor a cebolla, lejano e intenso. La primera vez que Ramón me puso la mano encima, la otra Rosa lloraba, pelaba también cebolla, y le disculpó con delicadeza. “Querida, hay que tener paciencia y aguantar. En todos los sitios cuecen habas, si levantáramos los tejados de las casas nos llevaríamos más de una sorpresa”. Luego se quedó a solas con él y le reconvinó con un levísimo pescozón. “Compórtate, no la hagas sufrir. Eres un buen hombre y ella, una muchacha buena”. Se sentaban a la mesa camilla, con las faldillas de felpa y el brasero de cisco. Las heladas embestían contra el campo. Sólo el almendro resistía. “Míralo, siempre fue un niño muy guapo, en esta foto tendría tres años, parece un serafín”. Pasaba la página con el dedo y arrastraba el plástico que cubría la imagen. “Aquí dando de comer a las palomas, un bendito”. Podíamos pasarnos así toda la tarde, solo nos faltaba zurear. “Qué lindo está en ésta y en esta otra”. Cuando el alzheimer la invadió por completó solo acertaba a repetir: “Es un buen hombre, es un buen hombre”. Y esas fueron también sus últimas palabras. Me gustaba escucharla, aunque nadie como yo conocía que no sabía lo que estaba diciendo. Por entonces, ya discutíamos acerca de las cosas de la casa. Yo daba clase, cocinaba, cosía, limpiaba, lavaba, planchaba y, a veces, cantaba. Él no hacía apenas nada y me decía que no cantara, que para fregar mejor estar muda, pero no me hacía caso. “Eres mi vida y muerte, te lo juro, compañero, no debía de quererte, no debía de quererte, y sin embargo te quiero”. Luego, ya se sabe, ¿quién no ha visto alguna vez, aunque sea en una escena de la tele, a un marido enrojecido gritando *puta, con quién has estado* u otras cosas, que a veces parecen menores, como por ejemplo, *esta cucharilla no está bien fregada?* Hemos parado, media hora de descanso, justo cuando la película, en calculada estructura circular, volvía al principio, aunque esta vez el coche buscaba una ruta alternativa y escapaba del atasco. Hasta aquí hemos llegado. Ayer fue mi cumpleaños, llegó borracho, se le olvidó. “No sé de qué me estás hablando,

cariño, a mí no me has traído ningún ramo de flores”, le repliqué. Me dijo que sí, que dónde coño las había metido o que a qué cabrón se las había regalado. Las habría comprado y se las habría llevado a la tumba de la otra Rosa. Vete a saber. A menudo, iba al cementerio a rezar a su madre y llevarle flores frescas. Pero es muy delicada la memoria de un hombre enajenado, ido; la memoria de un admirador de Nerón a menudo se asemeja a la de un pez. “Viajeros del autobús con destino a la playa (es mejor que no les diga el lugar exacto, es mejor que nadie sepa a dónde voy). Salida inmediata”. Vuelve la calma, la autopista, los estertores de *La, la, land*. Y los gritos de Ramón percutiéndome las sienas. Sus palabras se me clavan en el pecho como púas. Son la cartografía de la desolación, el baldío, no tuvimos hijos, un racimo de cicatrices, una vida casi perdida y un dolor enorme como piedras en el pubis. A ratos lloraba como un niño. La resaca. “Perdóname, Rosa, no sé qué me ha pasado, te quiero mucho, te quiero para siempre” Hasta un desalmado es capaz de desnudar su alma y de confesarse de esta manera. ¿Pudiera ser que, perdidas todas las cosas, la virtud pueda sostenerse? ¿Acaso es posible que, siendo crudelísimos los actos de un hombre, no sea cruel el hombre en cuestión? ¿Es posible amar a la humanidad y, para sorpresa propia, tener escaso aprecio por las personas en particular? A Dovtoievski le pasaba. A Ramón, tal vez. Le oigo gritar por toda la casa, desconcertado, como un gallo a deshoras, preludio de lo peor. “¿Estás ahí, Rosa?, Rosa, te estoy llamando, ¿dónde te has metido?” La villa, la casa están a punto de ser tomadas, de ser quemadas y arrumbadas para siempre. Adiós Constantinopla. El autobús lleva una velocidad uniforme: dirección y sentido. Hacia el mar. Los títulos de crédito se deshilachan en la pantalla y alumbra en mí durante toda la noche *Another day of sun*, la banda sonora original, la certidumbre. Se apaga la pantalla y abro el libro que, a toda prisa, saqué apretado entre la ropa. Releído, subrayado. Lo acaricio y doy las primeras cabezadas. Sueño con Nena Daconte, la muchacha que, después de casarse, muere desangrada al pincharse con una rosa. La pesadilla se interrumpe cuando el autobús llega al destino. Amanece. La gente baja deprisa, se abraza a los que les esperan. Yo, lentísima, arrastro la maleta y me aprieto el universo de Macondo contra el pecho. Una y otra vez, con fuerza y precisión, como en esas maniobras de reanimación cardiopulmonar que en muchas ocasiones devuelven a la vida a los que ya se habían ido.